

No acabó su razón el indio cuando  
Se levantó un rumor entre la gente,  
El parecer á voces aprobando  
Sin mostrarse ninguno diferente;  
Y así la ejecución apresurando  
En lo ya consultado conveniente,  
Corrieron al efecto retirados  
Los muebles, vituallas y ganados.

Ya el español con la presteza usada  
Al último confin había venido,  
Dando remate á la postrer jornada  
Del límite hasta allí constituido;  
Y puesto el pié en la raya señalada  
El presuroso paso suspendido,  
Dijo, si ya escucharlo no os enoja,  
Lo que el canto dirá vuelta la hoja.



## CANTO XXXV

Entran los españoles en demanda de nueva tierra; sádeles al paso Tunconabala, persuádeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guía que los lleva por grandes despeñaderos, donde pasan terribles trabajos.

¿Qué cerros hay que el interés no allana,  
Y qué dificultad que no la rompa?  
¿Qué pecho fiel, que voluntad tan sana  
Que este no la inficione y la corrompa?  
Destruye el trato de la vida humana,  
No hay orden que no altere y la interrompa,  
Ni estrecha entrada ni cerrada puerta  
Que no la facilite y deje abierta.

Este de parentescos y hermandades  
Desata el ñudo y vínculo mas fuerte,  
Vuelve en enemistad las amistades,  
Y el grato amor en desamor convierte:  
Inventor de desastres y maldades  
Tropella á la razón, cambia la suerte,  
Hace al hielo caliente, al fuego frio,  
Y hará subir por una cuesta un rio.

Así por mil peligros y derrotas,  
Golfos profundos, mares no sulcados,  
Hasta las partes últimas ignotas  
Trujo sin descansar tantos soldados,  
Y por vias estériles, remotas,  
Del interés incitador llevados,  
Piensan escudriñar cuanto se encierra  
En el círculo inmenso de la tierra.

Dije que don García había arribado  
Con práctica y lucida compañía  
Al término de Chile señalado,  
De do nadie jamás pasado había;  
Y en medio de la raya el pié afirmado  
Que los dos nuevos mundos dividia,  
Presente yo y atento á las señales,  
Las palabras que dijo fueron tales:



«Nacion, á cuyos pechos invencibles  
No pudieron poner impedimentos  
Peligros y trabajos insufribles,  
Ni airados mares ni contrarios vientos  
Ni otros mil contrapuestos imposibles,  
Ni la fuerza de estrellas, ni elementos,  
Que rompiendo por todo habeis llegado  
Al término del orbe limitado:

»Veis otro nuevo mundo, que encubierto  
Los cielos hasta agora le han tenido,  
El difícil camino y paso abierto  
A solo vuestros brazos concedido:  
Veis de tanto trabajo el premio cierto,  
Y cuanto os ha fortuna prometido,  
Que siendo de tan grande empresa autores  
Habeis de ser sin límite señores.

»Y la parlera fama discurriendo  
Hasta el extremo y término postrero,  
Las antiguas hazañas refiriendo  
Pondrá esta vuestra en el lugar primero;  
Pues en dos largos mundos no cabiendo  
Venís á conquistar otro tercero,  
Donde podrán mejor sin estrecharse  
Vuestros ánimos grandes ensancharse.

»Y pues es la sazón tan oportuna  
Y poco necesarias las razones,  
No quiero detener vuestra fortuna  
Ni gastar mas el tiempo en oraciones:  
Sús, tomad posesion todos á una  
Desas nuevas provincias y regiones,  
Donde os tienen los hados á la entrada  
Tanta gloria y riqueza aparejada.»

Luego pues de tropel toda la gente,  
A la plática apenas detenida,  
Pisó la nueva tierra libremente  
Jamás del extranjero pié batida;  
Y con orden y paso diligente,  
Por una angosta senda mal seguida,  
En larga retahila y ordenada  
Dimos principio á la primer jornada.

Caminamos sin rastro algunos dias  
De solo el tino por el sol guiados,  
Abriendo pasos y cerradas vias  
Rematadas en riscos despeñados:  
Las mentirosas fugitivas guías  
Nos llevaron por partes engañados,  
Que parecia imposible al mas gigante  
Poder volver atrás ni ir adelante.

Ya del móvil primero arrebatado  
Contra su curso el sol acia el poniente,  
Al mundo cuatro vueltas habia dado  
Calentando del pez la húmida frente,  
Cuando al bajar de un áspero collado  
Vimos salir diez indios de repente  
Por entre un arcabuco y breña espesa,  
Desnudos en monton trotando apriesa.

Del aire, de la lluvia y sol curtidos,  
Cubiertos de un espeso y largo vello,  
Pañetes cortos de cordel ceñidos,  
Altos de pecho y de fornido cuello,  
La color y los ojos encendidos,  
Las uñas sin cortar, largo el cabello,  
Brutos campestres, rústicos salvajes,  
De fieras cataduras y visajes.

Venia un robusto viejo el delantero,  
Al cual el medio cuerpo le cubria  
Un roto manto de sayal grosero,  
Que mísera pobreza prometia:  
Este pues, como dije allá primero,  
Era Tunconabal, que pretendia  
Mudar nuestros designios y opiniones  
Con fingidos consejos y razones.

Fuimos luego sobre ellos, recelando  
Ser gente de montaña fugitiva;  
Mas ellos nuestros pasos atajando  
Venian á mas andar la cuesta arriba,  
Y al pié de una alta peña reparando  
Por do un quebrado arroyo se derriba  
Todos nos aguardaron sin recelo,  
Puestas sus flechas y arcos en el suelo.

Luego el anciano á voces, y en estraña  
Lengua de nuestro intérprete entendida,  
Dijo: «¡Oh gente infeliz, á esta montaña  
Por falso engaño y relacion traída,  
Do la serpiente y áspera alimaña  
Apenas sustentar pueden la vida,  
Y donde el hijo bárbaro nacido  
Es de incultas raíces mantenido!

»¿Qué informacion siniestra, qué noticia  
Incita así vuestro ánimo invencible?  
¿Qué dañado consejo, ó qué malicia  
Os ha facilitado lo imposible?  
Frenad, aunque loable, esa codicia;  
Que la empresa es difícil y terrible,  
Y vais sin duda todos engañados  
A miserable muerte condenados.

»Que cuando no encontréis gente de guerra  
Que os ponga en el pasaje impedimento,  
Hallareis una sierra y otra sierra,  
Y una espesura y otra, y otras ciento,  
Tanto que la aspereza de la tierra  
Por la falta de yerba y nutrimento,  
Y contagion del aire, no consiente  
En su esterilidad cosa viviente.

»Y aunque me veis en bruto transformado  
A la silvestre vida reducido,  
Sabed, que ya en un tiempo fui soldado,  
Y que también las armas he vestido:  
Así que por la ley que he profesado  
Viendo que va este ejército perdido,  
La lástima me mueve á aconsejaros  
Que sin pasar de aquí querais tornaros.

»Que estas yermas campañas y espesuras,  
Hasta el frígido sur continuadas  
Han de ser el remate y sepulturas  
De todas vuestras prósperas jornadas,  
Mirad destos salvajes las figuras  
De quien son como fieras habitadas,  
Y el fruto que nos dan escasamente,  
Del cual os traigo un mísero presente.»

En esto de un fardel de ovas marinas  
A la manera de una red tejidas  
Sacó diversas frutas montesinas,  
Duras, verdes, agrestes, de-abridas,  
Carne seca de fieras salvajinas,  
Y otras silvestres rústicas comidas,  
Langosta al sol curada, y lagartijas  
Con mil varias inmundas sabandijas.

Admirónos la forma y estrañeza  
De aquella gente bárbara notable,  
La gran selvatiquez y rustiqueza,  
El fiero aspecto y término intratable,  
La espesura de montes y aspereza,  
Y el fruto de aquel suelo miserable:  
Tierra yerma, desierta y despoblada,  
De trato y vecindad tan apartada.

Preguntámosle allí si prosiguiendo  
La tierra era adelante montuosa:  
Respondiónos el viejo sonriyendo,  
Ser mas áspera, mas dura y mas fragosa,  
Y que así la montaña iba creciendo,  
Que era imposible y temeraria cosa  
Romper tanta maleza y espesura  
Puesta allí por secreto de natura.

Pero visto nuestro ánimo ambicioso,  
Que era de proseguir siempre adelante,  
Y que el fingido aviso malicioso  
A volvernos atrás no era bastante,  
Con un afecto tierno y amoroso  
Mostrando en lo exterior triste semblante  
Puesto un rato á pensar afirmó cierto  
Haber cerca otro paso mas abierto.

Que por la banda diestra del poniente,  
Dejando el monte del siniestro lado,  
Había un rastro cursado antiguamente,  
Por la nacida yerba ya borrado,  
Por do podia pasar salva la gente,  
Aunque era el trecho largo y despoblado,  
Para lo cual él mismo nos daría  
Una práctica lengua y fida guía.



Fué de nosotros esto bien oído,  
Que alguna gente estaba ya dudosa,  
Y el donoso presente recibido,  
También la recompensa fué donosa:  
Un manto de algodón rojo teñido,  
Y una poblada cola de raposa,  
Quince cuentas de vidrio de colores  
Con doce cascabeles sonadores.

La dádiva del viejo agradecida,  
Por ser joyas entre ellos estimadas,  
Y la guía solícita venida  
Con todas las mas cosas aprestadas,  
Pusimos en efecto la partida  
Siguiéndonos los indios dos jornadas,  
Dando vuelta después por otra senda  
Dejándonos el indio en encomienda.

La cual nos iba siempre asegurando  
Gran riqueza, ganado y poblaciones  
Los ánimos estrechos ensanchando  
Con falsas y engañosas relaciones,  
Diciendo: cuando Febo volteando  
Seis veces alumbrare estas regiones,  
Os prometo so pena de la vida  
Henchir del apetito la medida.

No sabré encarecer nuestra altiveza,  
Los ánimos bríosos y lozanos,  
La esperanza de bienes y riqueza,  
Las vanas trazas y discursos vanos:  
El cerro, el monte, el risco y la aspereza  
Eran caminos fáciles y llanos,  
Y el peligro y trabajo exorbitante  
No osaban ya ponérsenos delante.

Ibamos sin cuidar de bastimentos  
Por cumbres, valles hondos, cordilleras,  
Fabricando en los llanos pensamientos  
Máquinas levantadas y quimeras:  
Así ufanos, alegres y contentos  
Pasamos tres jornadas las primeras;  
Pero á la cuarta al tramontar del día  
Se nos huyó la temerosa guía.

El mal indicio, la sospecha cierta,  
Los ánimos turbó mas esforzados,  
Viendo la falsa trama descubierta,  
Y los trabajos ásperos doblados;  
Mas aunque sin camino y en desierta  
Tierra, del gran peligro amenazados,  
Y la hambre y fatiga todo junto  
No pudo detenernos solo un punto.

Pasamos adelante descubriendo  
Siempre mas arcabucos y breñales,  
La cerrada espesura y paso abriendo  
Con hachas, con machetes y destraes:  
Otros con pico y azadon rompiendo  
Las peñas y arraigados matorrales,  
Do el caballo hostigado y receloso  
Afirmase seguro el pié medroso.

Nunca con tanto estorbo á los humanos  
Quiso impedir el paso la natura,  
Y que así de los cielos soberanos  
Los árboles midiesen el altura,  
Ni entre tantos peñascos y pantanos  
Mezcló tanta maleza y espesura  
Como en este camino defendido  
De zarzas, breñas y árboles tejido.

También el cielo en contra conjurado  
La escasa y turbia luz nos encubria,  
De espesas nubes lóbregas cerrado,  
Volviendo en tenebrosa noche el día;  
Y de granizo y tempestad cargado  
Con tal furor el paso defendia,  
Que era mayor del cielo ya la guerra  
Que el trabajo y peligro de la tierra.

Unos presto socorro demandaban  
En las hondas malezas sepultados;  
Otros ¡ayuda! ¡ayuda! voceaban  
En húmidos pantanos atascados;  
Otros iban trepando, otros rodaban,  
Los piés, manos y rostros desollados,  
Oyendo aquí y allí voces en vano  
Sin poderse ayudar, ni dar la mano.

Era lástima oír los alaridos,  
Ver los impedimentos y embarazos,  
Los caballos sin ánimo caídos,  
Destroncados los piés, rotos los brazos:  
Nuestros sencillos débiles vestidos  
Quedaban por las zarzas á pedazos,  
Descalzos y desnudos, solo armados,  
En sangre, lodo y en sudor bañados.

Y demás del trabajo incomportable,  
Faltando ya el refresco y bastimento,  
La aquejadora hambre miserable  
Las cuerdas apretaba del tormento;  
Y el bien dudoso, y daño indubitable  
Desmayaba la fuerza y el aliento,  
Cortando un dejativo sudor frío  
De los cansados miembros todo el brio.

Pero luego también considerando  
La gloria que el trabajo aseguraba,  
El corazón los miembros reforzando  
Cualquier dificultad menospreciaba;  
Y los fuertes opuestos contrastando  
Todo lo por venir facilitaba:  
Que el valor mas se muestra y se parece  
Cuando la fuerza de contrarios crece.

Así pues nuestro ejército rompiendo,  
De solo la esperanza alimentado,  
Pasaba á puros brazos descubriendo  
El encubierto cielo deseado:  
Ibanse ya las breñas destejiendo,  
Y el bosque de los árboles cerrado  
Desviando sus ramas intrincadas  
Nos daban paso y fáciles entradas.

Ya por aquella parte, ya por esta  
La entrada de la luz desocupando,  
El yerto risco y empinada cuesta  
Iban sus altas cumbres allanando;  
La espesa y congelada niebla opuesta,  
El grueso vapor húmido exhalando  
Así se adelgazaba y esparcía,  
Que penetrar la vista ya podía.

Siete días perdidos anduvimos  
Abriendo á hierro el impedido paso,  
Que en todo aquel discurso no tuvimos  
Do poder reclinar el cuerpo laso:  
Al fin una mañana descubrimos  
De Ancud el espacioso y fértil raso,  
Y al pié del monte y áspera ladera  
Un estendido lago y gran ribera.

Era un ancho archipiélago poblado  
De innumerables islas deleitosas,  
Cruzando por el uno y otro lado  
Góndolas y piraguas presurosas:  
Marinero jamás desesperado  
En medio de las olas fluctuosas  
Con tanto gozo vió el vecino puerto  
Como nosotros el camino abierto.

Luego pues en un tiempo arrodillados,  
Llenos de nuevo gozo y de ternura  
Dimos gracias á Dios, que así escapados  
Nos vimos del peligro y desventura;  
Y de tantas fatigas olvidados,  
Siguiendo el buen suceso y la ventura,  
Con esperanza y ánimo lozano  
Salimos presto al agradable llano.

El enfermo, el herido, el estropeado,  
El cojo, el manco, el débil, el tullido,  
El desnudo, el descalzo, el desgarrado,  
El desmayado, el flaco, el deshambriado,  
Quedó sano, gallardo y alentado,  
De nuevo esfuerzo y de valor vestido,  
Pareciéndole poco todo el suelo,  
Y fácil cosa conquistar el cielo.

Mas con todo este esfuerzo á la bajada  
De la ribera, en partes montüosa,  
Hallamos la frutilla coronada,  
Que produce la murta virtuosa;  
Y aunque agreste, montés, no sazónada,  
Fué á tan buena sazón y tan sabrosa,  
Que el celeste maná y ollas de Egipto  
No movieran mejor nuestro apetito.



Cual banda de langostas enviadas  
Por plaga á veces del linaje humano,  
Que en las espigas fértiles, granadas,  
Con un sordo rozar no dejan grano;  
Así pues, en cuadrillas derramadas  
Suelta la gente por el ancho llano  
Dejaba los murtales mas copados  
De fruta, rama y hoja despojados.

A puñados la fruta unos comian,  
De la hambre aquejados importuna;  
Otros ramos y hojas engullian,  
No aguardando á cogerla una por una:  
Quién huye al repartir la compañía  
Buscando en lo escondido parte alguna  
Donde comer la rama desgajada  
De las rapaces uñas escapada.

Como el monton de las gallinas cuando  
Salen al campo del corral cerrado,  
Aquí y allí solícitas buscando  
El trigo de la troj desperdiciado,  
Que con los piés y picos escarbando  
Halla alguna el regojo sepultado,  
Y alzándose con él puesta en huida  
Es de las otras luego perseguida:

Así aquel que arrebató buena parte  
Deste y de aquel aquí y allí seguido,  
Huyendo se retira luego en parte  
Donde pueda comer mas escondido;  
Ninguno si algo alcanza lo reparte,  
Que no era tiempo aquel de ser partido,  
Ni allí la caridad, aunque la habia,  
Estenderse á los prójimos podia.

Estando con sabor desta manera  
Gustando aquella rústica comida,  
Llegó una corba góndola lijera  
De doce largos remos impelida,  
Que zabordando recio en la ribera  
La chusma diestra y gente apercebida,  
Saltaron luego en tierra sin recato  
Con muestra de amistad y llano trato.

Mas si quereis saber quién es la gente,  
Y la causa de haber así arribado,  
No puedo aquí deciroslo al presente,  
Que estoy del gran camino quebrantado;  
Así para sazón mas conveniente  
Será bien que lo deje en este estado,  
Porque pueda entre tanto repararme,  
Y os dé menos fastidio el escucharme.



## CANTO XXXVI

Sale el cacique de la barca á tierra; ofrece á los españoles todo lo necesario para su viaje, y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del Archipiélago; atraviésale don Alonso en una piragua con diez soldados; vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial.

Quien muchas tierras ve, ve muchas cosas  
Que las juzga por fábula la gente,  
Y tanto cuanto son maravillosas  
El que menos las cuenta es mas prudente;  
Y aunque es bien que se callen las dudosas  
Y no ponerme en riesgo así evidente,  
Digo que la verdad hallé en el suelo,  
Por mas que afirmen que es subida al cielo.

Estaba retirada en esta parte  
De todas nuestras tierras escluida:  
Que la falsa cautela, engaño y arte  
Aun nunca habian hallado aquí acogida....  
Pero dejada esta materia aparte,  
Volveré con la priesa prometida  
A la barca de chusma y gente llena,  
Que bogando embistió recio en la arena.

Donde un gracioso mozo bien dispuesto  
Con hasta quince en número venia:  
Crespo de pelo negro, y blanco gesto,  
Que el principal de todos parecia;  
El cual con grave término, modesto,  
Junto á nuestra esparcida compañía  
Nos saludó cortés y alegremente,  
Diciendo en lengua estraña lo siguiente:

«Hombres, ó dioses rústicos, nacidos  
En estos sacros bosques y montañas,  
Por celeste influencia producidos  
De sus cerradas y ásperas entrañas:  
¿Por cuál caso ó fortuna sois venidos  
Por caminos y sendas tan estrañas  
A nuestros pobres y últimos rincones  
Libres de confusion y alteraciones?»